

*La función social del exterminio.
Algunas aproximaciones
de la historiografía alemana*

Ferran Gallego

Universidad Autónoma de Barcelona

El comentario a los dos textos que se consideran en esta reseña —una miscelánea de ensayos y el libro de Götz Aly más reciente y con mayor impacto— necesita de algunas consideraciones previas que permitan valorar mejor la línea de investigación que va asentando un nuevo consenso en el análisis historiográfico alemán acerca del nazismo. Se trata de un necesario preámbulo, pero no de un «estado de la cuestión», por lo que las referencias bibliográficas se han reducido a las indispensables alusiones directas. Una de las paradojas más sorprendentes que hallamos en las reconstrucciones del exterminio nazi es la mezcla del vigor de su presencia como *suceso* y su fragilidad como *hecho histórico*. La investigación propiamente histórica ha visto vedado su acceso al exterminio nazi por lo que podría ser el peor de los caminos de compensación cultural: la simple aceptación de los hechos como algo decisivo en la historia europea, acompañada de una notable difusión de materiales de otras disciplinas. Tal giro cultural convertía el exterminio en una *evidencia* ampliamente extendida, tan hipertrofiada en lo que se resolvía casi exclusivamente en el campo del juicio moral y de la escenificación divulgativa de masas de sus aspectos más degradantes, como las imágenes ofrecidas, al margen de cualquier explicación del proceso que había llevado al Tercer Reich y, dentro de éste, a una dinámica coherente concluida en el exterminio. Los recursos instrumentales y objetivos científicos de los historiadores se convirtieron en algo ya superfluo para una sociedad

que confundía la *asistencia* a un espectáculo con el conocimiento del proceso social complejo que había producido aquellas circunstancias pavorosas. De igual modo, el uso constante del punto de vista de las víctimas, de forma directa o como reflexión ética, se hacía de un modo que situaba tales hechos *al margen* de las circunstancias históricas en las que se dieron, arrebatando la dimensión temporal y la contemporaneidad de factores que los permitieron, para llevar a un juicio que escapaba a cualquier consideración sobre el *momento* en que las cosas sucedieron y, por tanto, donde ellas adquirieron su *carácter*.

Para usar una metáfora propia del lenguaje teológico que se corresponde bastante bien con la manera en que la sociedad europea se ha acercado a este acontecimiento fundamental, el exterminio nazi pasó a identificar su *existencia* con su *esencia*, a la manera de un Mal Absoluto que resultaba tan inexplicable como el Bien Absoluto de la divinidad y frente al que las deficiencias de nuestros recursos de análisis sólo nos podían ofrecer una aceptación de los hechos: es decir, *creer* en ellos. En los actos de fe, la *invisibilidad* de aquello en lo que se cree pasa a convertirse en el elemento determinante de su carácter. En el caso del exterminio nazi, una *forma determinada de ver* pasaba a dar una consistencia precisa a lo que se contemplaba y se clasificaba en la memoria. De esta forma, establecer que el exterminio ocurrió era *suficiente*. No podía buscársele razones, establecer las necesarias relaciones causales de una dinámica histórica, porque la magnitud de lo sucedido se acercaba a lo inverosímil o a su sucedáneo laico, que era la imposibilidad de una integración en una dinámica de opciones razonables tomadas por una sociedad en crisis, y mucho menos como *respuesta para solucionarla*. Incluso en algunos sectores académicos se trataba sólo de *aceptarlo*, de colocarlo en un lugar superado, de *consignarlo*, aunque podamos sospechar que *guardar* un proceso histórico no es lo mismo que almacenar un conjunto de hechos relacionados. Al partir de una abrumadora carga de sufrimiento humano documentado, reiterado en testimonios *individuales*, manifestado en imágenes *aisladas*, se rechazaba que los historiadores fueran los más apropiados para *dar carta de naturaleza histórica*, precisamente, a tales acontecimientos, y se pasaba a depender de disciplinas a las que preocupaba mucho menos la determinación cronológica de los hechos, los debates burocráticos internos del régimen, la función social de los campos en un engranaje de sociedad coherente y su tratamiento como

parte de un proyecto ideológico que incluía el racismo en la justificación del imperialismo *dentro de Europa*. Estos y otros muchos factores que han ido determinando en los últimos veinte años en qué consistió el exterminio y, por tanto, han permitido comprender la esencia del nazismo, permanecieron marginados durante más de cuatro décadas tras el fin de la guerra. No debería resultarnos extraño, considerando la relación que se ha tenido con los otros fascismos europeos, que en los años iniciales de la posguerra se consideraron asaltos infecciosos a la civilización, aprovechando la inmunodeficiencia propia de una época de crisis, algo que llevó a considerar que determinadas mitologías nacionales se construían, precisamente, indicando la inexistencia de tal fenómeno en su cultura y considerándolo el resultado de las condiciones externas y de la derrota militar, como sucedió, especialmente, en el caso de Francia¹.

Si ésta era la posición en lo que al análisis del fascismo «genérico» se refiere, mucho más difícil podía ser la actuación en el caso del nacionalsocialismo alemán. En lo que se ha referido al exterminio, los análisis han tenido una cierta *desviación* con respecto a otros fascismos del continente. En primer lugar, el más obvio: no considerar que pudiéramos hablar de fascismo en este caso, por lo menos en la historiografía occidental, un factor que llevó a considerarlo más cercano a la Unión Soviética en la teoría del totalitarismo, o a considerar que el carácter fundamentalmente racista del nazismo lo separaba de las experiencias fascistas de su tiempo. Eso fue lo que llegó a plantear Tim Mason en la última de sus intervenciones públicas, reprochando a sus colegas que hubieran rehuído cuidadosamente el uso del término «fascismo alemán» para referirse al Tercer Reich o al nacionalsocialismo, lo que daría lugar a su postrero e inacabado ensayo, aun cuando él mismo había de fracasar en poder mezclar adecuadamente los factores de clase y de raza en su análisis del régimen. El hecho de que Detlev Peukert, acostumbrado a analizar relaciones sociales complejas, considerara el nazismo como *biologismo político* y no como fascismo, podía ayudar a modernizar la visión que se tenía del racismo alemán, pero permitía continuar haciendo excepcional la experiencia nazi, no por haber consumado un proyecto, sino por haberlo *supera-*

¹ Los términos en que se produjo el debate en el caso francés pueden seguirse, sintetizados, en MILZA, P.: *Fascismo français. Passé et présent*, París, Flammarion, 1987. Una crítica a sus planteamientos en DOBRY, M. (ed.): *Le mythe de l'allergie française au fascisme*, París, Albin Michel, 2003.

do². En el nazismo, por otro lado, se cubre mejor que en cualquier otra experiencia fascista la paradoja con que se iniciaba este ensayo. Ninguna como él ha dispuesto de tanta difusión, prácticamente en todos los registros culturales que se encuentran a nuestra disposición, invadiendo incluso los recintos espectaculares de masas y provocando debates públicos que desbordaron el ámbito académico, como el que se dio en la Alemania de mediados de los ochenta o como el que siempre ha acompañado al negacionismo. Lo inabarcable del número de víctimas, la brutalidad de su sacrificio, las pulsiones histéricas de la persecución y el escenario final de la suerte de los expropiados, los deportados y los asesinados podían ser *recordados* por los supervivientes y *representados* como acontecimiento. Pero de lo que se trataba era de otra cosa: la comprensión de un *sistema* que fue adaptando la cronología precisa de la exclusión, el pillaje, la guetización, el trabajo esclavo y la aniquilación porque resultaban *funcionales* en cada momento preciso con la expansión y supervivencia del régimen nazi. A diferencia de lo ocurrido en otros casos, la imposibilidad de aceptar esta aproximación no procedía de la atenuación de la barbarie, sino de su alta visibilidad y su dislocación históricas en ámbitos no académicos, que lograban crear determinadas imágenes que influían en los sectores de historiadores menos cercanos a esta investigación. El nazismo, en cuanto causa ideológica e instrumento burocrático del exterminio, se consideraba un asalto a la idea misma de civilización por parte de una elite enloquecida, capturada por los demonios familiares del lodazal *völkisch*, que aprovechó las circunstancias de una crisis de confianza en la democracia para llevar a toda una nación a un episodio que nada tenía que ver con ella. La prestigiosa inflación de los testimonios individuales de las víctimas y la lenta entrada en los circuitos comerciales de las memorias de verdugos arquetípicos, vencidos por una supuesta *amoralidad* que tendría su primera aproximación en las reflexiones de Arendt con ocasión del juicio de Eichmann, pasaban a ofrecernos un mundo de ficción en el que debíamos aceptar la existencia de un crimen en masa que nos había dejado, como *documento*, la acción impasible de individuos robóticos al servicio de

² La intervención de Tim Mason se produjo en el seminario sobre la Alemania nazi celebrada en Filadelfia en la primavera de 1988. El texto de Mason, que fue animado a escribir por los participantes, puede encontrarse en la edición de los materiales por CHILDERS, T., y CAPLAN, J. (eds.): *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, Holes and Meier, 1993, con el título de «Whatever happened to "Fascism"?».

una burocracia eficiente, a los que se había extirpado cualquier sentido de fijación de un proyecto de sociedad, y que disponían de un numeroso grupo de enajenados para llevar adelante la tarea, además de tener a mano un escenario de violencia en el que podría quedar camuflada esta operación. La diferencia con el examen realizado por uno de los autores que citaremos, Karin Orth, precisamente en este punto, indicará lo grave de la desviación óptica padecida.

De hecho —y si dejamos el texto provocado por el proceso de Auschwitz a comienzos de los sesenta, al que se hará referencia—, el interruptor metodológico actuó para impedir que la corriente del análisis histórico estableciera las relaciones entre la barbarie y las opciones racionales como partes integradas del exterminio. Impidió acercarse al estudio científico del personal que se responsabilizó del mismo. No permitió relacionar el ritmo que tomó el exterminio, porque no se consideraba un verdadero proyecto estudiado por planificadores solventes. No consideró la posibilidad de hacerlo parte de una política colonial que mezclaba las necesidades materiales de un país en guerra, sus afanes imperialistas y la forma en que una ideología radical mayoritariamente compartida —aunque no vivida de forma *idéntica* por todos los alemanes— pudiera llegar a hacer posible la masacre. Impidió, en definitiva, un análisis de conjunto que permitiera determinar la naturaleza del nacionalsocialismo, en la medida en que ésta podía averiguarse precisamente en la realización del exterminio. No sólo porque éste fuera fundamental para algunos núcleos ideológicos radicales, sino porque las bases de concepción de la comunidad en las que se basaba permitieron crear el ámbito de autorización, de tolerancia e incluso de estímulo para llevar a cabo la tarea, mientras que el resto de los elementos del régimen sólo pueden comprenderse si se examinan dentro de una lógica que desemboca en este punto. Sólo la comprensión del carácter ideológico del proceso, dispuesto desde los orígenes del fascismo alemán y, desde luego, desde su llegada al poder absoluto, permite comprender la creación de un ámbito de *criminalidad* convertida en espacio normal de relaciones sociales. Sólo la ideología fascista alemana y la fuerza de su vector racial pueden crear la *oportunidad* para la realización del exterminio, cuya lógica económica, como veremos, no es explicación suficiente si no va acompañada de una valoración positiva y una concepción del mundo en la que se inserte.

Lo más alarmante era la posibilidad que hasta finales de siglo dominó en la historiografía alemana. Tal opción era *separar* el exter-

minio del nazismo o, en todo caso, convertirlo en algo en lo que no *consistía*. Es preciso decirlo de esta forma cuando el debate entre intencionalistas y funcionalistas —o entre partidarios de una visión arcaica y otra modernizadora del nazismo— pareció indicar que el debate se refería a la diferencia acerca del lugar asignado al exterminio *dentro* del nacionalsocialismo. Creo, sin embargo, que se trataba de lo contrario, contra lo que podían señalar las evidencias, hasta el punto de señalar la existencia de una dualidad en el nazismo por parte del más prestigioso de los funcionalistas, Martín Broszat, que entraba en el debate acerca de la relación entre nazismo y modernismo, colocando al antiguo responsable del Instituto de Historia Contemporánea de Múnich junto a quienes, como Rainer Zitelmann, han querido destacar la existencia *fundamental* de un aspecto «revolucionario», modernizador, del nazismo, acompañado de lamentables elementos arcaicos que se sumaron como resultado del caos de la guerra y ciertas características «feudales» del régimen agudizadas en los años cuarenta dejando en manos de autoridades locales los *diferentes exterminios*. Al parecer, nada tenían que ver éstos entre sí, con la esencia del régimen y, sobre todo, con los preparativos que se dieron en la legislación racial previa al crimen de masas³. No quiere indicarse con ello que el régimen nazi se redujo a la simple *forma* de una ideología, como podían pensar los «intencionalistas», sino a la mucho más compleja trama de intereses sociales en los que esta ideología fue instalando su capacidad hegemónica. Me refiero a las interconexiones —*Wechselwirkungen*— de las que habla la historiografía alemana para poder señalar los ritmos diversos, el aparente caos de autoridades, la ausencia de una responsabilidad central y, en cambio, la existencia de un proyecto común sin el que ni siquiera los elementos accidentales habrían podido ir yuxtaponiéndose hasta convertirse en lo esencial del paisaje del Tercer Reich en guerra o de los años previos al asalto contra el este. De la misma forma, no parece que las referencias al carácter arcaico del proceso de liquidación, unido a consideracio-

³ ZITELMANN, R.: *Hitler. Selbsterständnis eines Revolutionärs*. Múnich, Herbig, 1998. También, de ZITELMANN, R., y PRINZ, M. (eds.): *Nationalsozialismus und Modernisierung*. La clásica delimitación de estas posiciones, incluyendo la definición matizable del «funcionalismo», es la de T. MASON, «Intention and explanation. A current controversy about interpretation of National Socialism», en el conjunto de ensayos recogidos póstumamente, MASON, T.: *Nazism, Fascism and the Working Class*, Cambridge UP, 1995, pp. 212-230.

nes sobre su carencia de utilidad en el momento de la guerra sean de utilidad, aunque pudieran servir para proteger la posición de un determinado personal técnico al servicio de los intereses de la racionalidad del régimen frente a la irascible ceguera de los núcleos racistas. Dijera lo que dijera Albert Speer en sus sucesivos ejercicios de justificación —empezando por el que habría de salvarle la vida en el procero de Nuremberg—, la maquinaria imperial germana sólo podía sobrevivir mediante el uso de trabajo esclavo⁴. Y esta condición solamente podía darse si existía una ideología lo suficientemente extendida entre empresarios, soldados y fuerzas de seguridad para emplear obreros en estas condiciones.

Quizás por estos obstáculos, la entrada en los campos de exterminio o en los episodios de liquidación por fusilamiento parecía marginada de la historia del régimen, o unidas a éste de una forma poco adecuada, como dos territorios separados por un hiato intelectual. Parecía que los historiadores debían orientarse a los estudios acerca de la naturaleza de la crisis de Weimar y las «soluciones» ofrecidas por el Tercer Reich, a la historia del movimiento hitleriano en la etapa previa de su captura del poder, a la organización de una economía de guerra o a la creación de organismos destinados a la propaganda y a la obtención de un cierto consenso social. Las diversas esferas de la gestión nacionalsocialista o las causas de su llegada al poder se contemplaban minuciosamente —como podía ocurrir en los meticulosos estudios sobre el perfil de sus votantes o de su militancia—, pero la reflexión no llegaba a considerar, en la lógica del régimen, en su proyecto imperial y sus opciones racionales de supervivencia y prestigio, nada que tuviera que ver con el exterminio⁵. Era más fácil presentarlo, habitualmente, como un conjunto de escenarios más propicios

⁴ SPEER, A.: *Memorias*, Barcelona, Acantilado, 2004; *id.*, *Infiltration*, Nueva York, Macmillan, 1981; *id.*, *Spandau. The Secret diaries*, Nueva York, Macmillan, 1976. La denuncia más famosa de su posición es la escrita por la ensayista SERENY: *Albert Speer. His Battle with Truth*, Nueva York, 1995.

⁵ Por la calidad de su trabajo, que es la que hace resaltar más esta opción, merece destacarse el trabajo de K. D. Bracher, editado en español con el mismo título con el que se publicó en Alemania en 1969: *La dictadura alemana. Génesis, desarrollo y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, Alianza Universitaria, 1972. Más de diez años antes, el mismo Bracher había publicado un libro que todavía puede considerarse un clásico acerca de la destrucción de Weimar desde este punto de vista, *Die Auflösung der Weimarer Republik. Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie*, Dusseldorf, Droste Verlag, 1955.

para el testimonio individual de algunas víctimas o como un recuento masivo de las experiencias de la masacre, sin que se diera una respuesta satisfactoria a su *función social* en la Alemania nazi. No sólo a su *presencia*, sino a su *carácter*. El grado de aniquilación física obtenido por el régimen se sumaba a una especie de vaciado moral que obturaba la capacidad de considerar aspectos que hoy nos pueden parecer de escaso valor de uso. Se prestaba poca atención al carácter *racial* del proceso para primar sólo el aspecto *antisemita* de esta faceta, mientras —lo cual, sin serlo, parece una paradoja— se olvidaba la necesidad de considerar la extraordinaria eficacia, simplicidad y cohesión del antisemitismo *en el seno de un proyecto racista*. No se examinaba cómo el antisemitismo podía actuar a la manera de una reacción casi automática de respuesta a determinadas dificultades de procesos de repoblación en el este, al dirigirse contra una población que era, al mismo tiempo, eslava y judía, mientras la aplicación de una política de violencia contra *este determinado tipo* de judíos abría paso a una autorización para actos de barbarie contra otros sectores étnicos y políticos, en un ambiente de brutalidad normalizada.

El veto a la entrada de los historiadores en este recinto, en lugar de ser compensado o completado con materiales procedentes de otras formas de aproximación al tema, dio lugar a un proceso de *sustitución* que, en realidad, contenía en sí mismo una manera de *definirlo*. En efecto, desde el mismo inicio del examen de la experiencia de la Alemania nazi —y no sólo del sistema concentracionario y del exterminio fuera de los campos— se combinó la reflexión acerca del fracaso de la República de Weimar, asaltada por radicales de diversas ideologías que impidieron la consolidación de la «primera democracia», algo que llevó a un minucioso examen acerca del ascenso al poder del nazismo *separándolo* de su gestión racial, lo cual no podía hacer pensar más que en un *fracaso de la democracia* antes que en un riguroso análisis de lo que se presentó como alternativa a la misma para los alemanes, ya no en la forma de un horizonte utópico inexplorado, sino en la de una realidad experimentada cotidianamente, que incluyó en muy poco tiempo medidas de persecución racial, agudizadas en el terreno favorable ofrecido por la guerra en los países del este de Europa. Lejos de contemplar cada uno de los episodios del proceso a la luz del proyecto en su conjunto, lo que se hacía era crear compartimentos autárquicos, que parecían adquirir una explicación por sí mismos o que reducía el resto a posiciones ornamentales, como si el

nacionalsocialismo fuera, en realidad, ese conjunto de cápsulas de un panal en las que cada una de las autoridades actuaba por su cuenta, de la misma forma que el rigor cronológico, fundamental siempre en la reflexión del historiador para comprender la dinámica de los procesos, pasaba a convertirse en una simple localización de fenómenos aislados temática y temporalmente. Significa esto que la llegada de los historiadores al examen de la política del Tercer Reich acababa haciéndose advirtiendo que era la llegada al poder, como alternativa al sistema de representación democrático, de quienes no representaban realmente a la nación alemana, sino que sólo decían actuar en su nombre, algo que resultaba de especial utilidad para negar, al mismo tiempo, la democracia de masas obtenida a partir de 1918 y para absolver a la mayoría de los alemanes de algo que no fuera la renuncia al ejercicio de sus derechos, y la tolerancia con respecto a crímenes cuya responsabilidad pasaba a manos de quienes se habían convertido en esa minoría usurpadora de las tradiciones alemanas, del patriotismo y de la decencia de una cultura, unos nazis súbitamente representados, usando su propio lenguaje, como los verdaderos «ajenos a la comunidad» —*Gemeinschaftsfremde*—. La utilidad de este discurso en la fase de reconstrucción de la RFA parece no necesitar de mayores explicaciones. Sin embargo, incluso unos años más tarde, cuando quienes se hacían cargo del examen del proceso histórico habían superado la necesidad de esa restitución negativa, que expulsaba de la *Kultur* la barbarie nazi, los resultados fueron insatisfactorios en lo que se refiere a la comprensión del proyecto.

La aproximación de los historiadores ha resultado más complicada porque quien podía hacerlo con mejores condiciones de acceso al material básico y con conocimiento del tejido social germano, es decir, los propios centros de la República Federal y, por motivos distintos, los de la República Democrática Alemana, han recorrido un trayecto que ha tenido que ver con la propia afirmación de *cada una* de sus identidades como Estados. Lo que se trabajaba en la RDA iba destinado, en especial, a la inserción del nazismo en un modelo más amplio de fascismo, subrayando no sólo las características comunes del proyecto fascista europeo, sino una determinada interpretación que matizaba de forma insuficiente la relación entre capitalismo y fascismo, hasta el punto de llegar a considerar una equivalencia prolongada, más allá de la guerra, en los elementos autoritarios del régimen de la Alemania occidental. Todo ello se hacía en detrimento del análi-

sis de los rasgos *específicos* del nacionalsocialismo que lo hacían *consumación* del fascismo y, por tanto, no algo ajeno a éste, pero sí el régimen que había alcanzado, a través del exterminio y sus pasos previos precisamente, las características propias de la utopía fascista más acabada. En realidad, se trataba de considerar que el fascismo no era un mero sistema político, sino una organización social completa que mantenía con la economía capitalista una relación distinta a la mera dependencia instrumental, para constituirse en un nuevo paradigma⁶. En la Alemania occidental, la preocupación se dirigió mucho más a la recuperación de una identidad que dejaba el patrimonio *anti-fascista* en manos de la otra Alemania, y establecía el carácter *exclusivo* del nazismo como movimiento y como régimen. Las temáticas que debían analizarse pasaron a tratar de establecer, de acuerdo con las exigencias de una demanda cultural cambiante, diversos puntos de interés a los que se dirigieron los historiadores: desde la necesidad de explicar una catástrofe nacional que enlazaba el nazismo con la experiencia de Weimar más que con el fascismo, hasta un proceso inverso en el que —de acuerdo con los estímulos culturales de los años sesenta y setenta— pasaron a examinarse las cuestiones relacionadas con el carácter europeo de una crisis que Alemania *también* vivió, ya fuera para considerar factores atenuantes que incluyeran al país en un ámbito de responsabilidades sociales más amplio, ya fuera para señalar los defectos de la desnazificación y la permanencia de los elementos posfascistas en Alemania, algo que fue a coincidir con la aparatosa irrupción del Partido Nacional Demócrata (NPD) entre 1966 y 1969 como fuerza parlamentaria. El último episodio alemán que precedió a este bloqueo fue el célebre debate de historiadores —*Historikerstreit*— que se divulgó en la prensa diaria o semanal del país, dividiendo a los especialistas en partidarios de una inclusión de la experiencia nazi en las atrocidades del siglo XX o la defensa de su excepcionalidad. Un debate que tuvo que ver menos con la investigación histórica que con las necesidades políticas, pero que nos indica la capacidad de bloqueo o de estímulo que pueden tener estas condiciones ambientales, incluso cuando devalúan el conocimiento de un

⁶ GALLEGO, F.: «El nazismo como fascismo consumado», en GALLEGO, F. (ed.): *Pensar después de Auschwitz*, Barcelona, El Viejo Topo, 2003, pp. 11-102. El mejor texto en español acerca de las relaciones entre sistema industrial y nacionalsocialismo es el de ANDREASSI, A.: «*Arbeit macht Frei*». *El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania y Italia)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2004.

producto a base de una producción en masa del mismo, como ha sucedido en las constantes referencias al Holocausto en productos culturales de masas en los últimos años⁷.

Los textos que se comentan proceden de la superación de estas circunstancias y de la fijación de un nuevo consenso en la historiografía alemana, que ha pasado a superar las viejas divisiones entre defensores de una «dictadura alemana» o una variable germana del fascismo; del debate entre «intencionalistas» y «funcionalistas»; y, desde luego, entre defensores de un exterminio «defensivo» y un proyecto exterminacionista previo a cualquier amenaza exterior. Podría indicarse que la diferencia más importante que puede señalarse aún es la que se refiere al peso de la ideología en la lógica «contable» del proyecto y, en cualquier caso, a las naturales diferencias de puntos de interés. Sin embargo, los dos textos seleccionados indican no sólo lo que resulta de mayor apertura en el caso del nacionalsocialismo alemán, sino lo que puede ayudar a situar las condiciones del proyecto fascista en su conjunto, aun cuando esa actitud no sea todo lo explícita que podríamos desear. Además, los estudios, a pesar de referirse en exclusiva al exterminio, nos exigen situarlo en una comprensión total del régimen nazi, aspirando a ofrecer fragmentos de un esquema imperial generalizado que parte de unos excelentes «estudios de caso», capaces de hacer ver las maneras en que el carácter del Tercer Reich cobró una forma concreta en aquel episodio. Su aparente modestia de análisis circunscrito en el tiempo y el espacio nunca pierde de vista la construcción de una lógica que engarza lo sucedido con una dinámica que le da significado y verdadera dimensión. Lo que nos ofrecen los diversos trabajos, en una reiterada y matizada historia del exterminio, en escenarios y momentos diferentes, es ayudarnos decisivamente a una datación del proceso que establece la precisión cronológica como un factor decisivo para la comprensión de algo más que la masacre: lo hace para conseguir introducirla en un *proceso* y en unas *estructuras* precisos. Tanto en el caso en el que el exterminio sea inmediato o resulte el final de un largo episodio de intentos de opcio-

⁷ Según creo, el mejor trabajo acerca del debate es el de EVANS, R.: *In Hitler's Shadow. West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past*, Londres, IB Tauris, 1989. Una visión más amplia, porque incluye la relación de las *dos Alemanias* con el pasado nazi y permite comprender mejor las circunstancias sociales y políticas del *Historikerstreit* es la de HER, J.: *Divided Memory. The Nazi Past in the two Germanys*, Harvard UP, Cambridge Mas., 1997.

nes distintas, lo que se presenta es la forma en que se despliega una ideología de desigualdad radical que llega a considerar *factible* el crimen de masas como *solución* a los problemas interiores de Alemania y a los que derivan del intento de su expansión imperial. El exterminio pasó a ser una *opción política* posible en la medida en que el Estado nazi tuvo ese carácter de régimen de aniquilación —*Vernichtungsbherrschaft*—, sin que haber tomado unas medidas previas distintas haga que el exterminio parezca la decisión desesperada de un sistema en descomposición o capturado por sus sectores más radicales e incontrolados. Lo que de forma más clara demuestran estos trabajos es que la demora del exterminio nunca significaba que no se estuviera dispuesto a llevarlo a cabo. La ideología había desempeñado una función fundamental en la preparación de un proyecto que incluía, *necesariamente*, la construcción de un imperio racial sobre la base del uso más apropiado de las víctimas de la expansión, que podía llegar, *cuando fuera preciso*, a su liquidación. Por ello, la atención al *momento* en que se producen los acontecimientos ha pasado a ser el resultado de una búsqueda documental afanosa, que ha ido demostrando cómo podía adelantarse el proceso de aniquilación a un momento muy anterior al inicio de la guerra contra la Unión Soviética, así como pudo provocar su aceleración. De igual forma, tal documentación ha podido señalar la función desempeñada por el conjunto del aparato burocrático del Tercer Reich, estableciendo una adecuada malla de relaciones causales que necesitaban para poder ir reforzando la eficacia frente a las nuevas urgencias derivadas de la crisis inmediatamente anterior a la guerra y agudizada por ella: la eliminación de riesgos militares y de seguridad, la acumulación de recursos resultado del pillaje, el miedo a la imposibilidad de administrar una población excesiva que podía determinar la aparición de focos infecciosos o la necesidad de cumplir con determinadas aspiraciones de la ideología imperial, como las promesas de bienestar interno obtenidas con el sacrificio foráneo —utilización de mano de obra esclava, expropiación de otros recursos o reasentamiento en las zonas abandonadas por la población obligada a la emigración—.

En definitiva, lo que tenemos ante nosotros son estudios que, con las matizaciones que ofrecen, tienen algo en común: el deseo de hallar una «política del exterminio» —*Vernichtungspolitik*— como aplicación política de un Estado racial, destinado a proteger los intereses de la Comunidad Popular —*Volksgemeinschaft*—. Una sociedad poseedo-

ra de una conciencia de la diferenciación natural, de una ideología de la desigualdad que no sólo debía expresarse como una exclusión despiadada, sino como unos beneficios que resultaran *obviamente* de esa misma exclusión, lo que podía permitir legitimar los principios fundamentales del Estado nazi como no lo habría hecho una mera tarea de represión⁸. Los estudios entran, así, en una herencia académica que procede de mediados de los años ochenta, en un ciclo de la investigación que parece haber situado este tema en su lugar. Es cierto que otros trabajos han podido considerar la neutralización de la clase obrera, las experiencias de disenso y, de una forma muy especial, la abrumadora cantidad de estudios acerca de la política de seguridad que ha ido modificando la imagen que se tenía del complejo aparato policial nazi. Los trabajos que comentamos tienen la ventaja de colocar el exterminio como eje en torno al cual gira el proyecto nacional-socialista. No porque sea la única actividad en la que se emplea el régimen, sino porque sus dimensiones sólo fueron posibles de acuerdo con la cuidadosa planificación de un proyecto al que hemos prestado demasiadas características caóticas. Éstas dejan de serlo —por ejemplo, al analizar la poco ortodoxa política económica del Tercer Reich, que aterraba a los expertos conservadores— cuando se observa cómo *cualquier solución*, por extravagante que pareciera y por grave que fuera el problema, se basaba en vincularla a un sistema que llevaba el principio de integración de los *Volksgenossen* y exclusión de los *Gemeinschaftsfremde* a los paisajes más contundentes de la desigualdad: aquellos que no sólo autorizan la expropiación, la reclusión, la migración y el trabajo esclavo, sino incluso la liquidación.

Ulrich Herbert ha recogido en el volumen *National Socialist Extermination Policies. Contemporary German Perspectives and Controversies* (Oxford, Berghan, 2000; edición alemana de 1998) diez ensayos acompañados de una presentación, en la que el autor relata la evolución de los estudios acerca del exterminio en Alemania. De ese recorrido tal vez quepa destacar la atención a un texto que, surgido del proceso de Auschwitz celebrado en Frankfurt, dio lugar al primer gran libro sobre el sistema policial y concentracionario nazi, mucho

⁸ KOONZ, C.: *La conciencia nazi*, Barcelona, Paidós, 2005; MORENTE, F.: «La universidad alemana y la construcción del Tercer Reich», en GALLEGO, F. (ed.): *Pensar después...*, op. cit., pp. 153-181; MORENTE, F.: «La universidad en los regímenes fascistas. La depuración del profesorado en Alemania, España e Italia», *Historia Social*, 54 (2006), pp. 51-72.

antes de que se volviera al tema del sistema de seguridad, mostrando cómo la presión de un acontecimiento social podía proporcionar una reflexión documentada en manos de unos especialistas de talla extraordinaria. Más discutible es la atribución de cierto *impasse* a la inclusión del nazismo en el fascismo europeo. Por el contrario, creo que lo que es determinante para nuestra apreciación correcta acerca del régimen es una aspiración universal que no fue sólo su hostilidad a los enemigos del Reich en el este, sino que también se dirigió contra la Resistencia en Francia, como demuestra en su ensayo particular el propio Herbert acerca de los debates internos entre las autoridades de la ocupación y las diferencias con las exigencias de Berlín cuando la Resistencia acentuó su eficacia⁹. Que las autoridades militares alemanas se dedicaran a satisfacer la necesidad del ejercicio de represalias entregando a judíos no sólo implica una corresponsabilidad en el Holocausto por parte de altos oficiales que acabaron sublevándose contra Hitler en julio de 1944, como Karl-Heinrich von Stülpnagel, sino que esa *equivalencia* de prisioneros suponía un adversario común al fascismo, que era la Resistencia en la que militaba fundamentalmente la izquierda. Los esfuerzos por incluir el exterminio en la experiencia del fascismo no son un obstáculo, sino un *atisbo* que camina en dirección distinta a lo que se dio en los años sesenta y setenta. Supone profundizar en un paradigma productivo que incluía el trabajo esclavo y, por consiguiente, *la condición de superfluo*, que había de ser determinante en el trato dado a quienes sobraban en el Gobierno General administrado por Hans Frank, aquellos que debían ser alimentados, pero no podían trabajar.

Este factor es decisivo en el análisis realizado acerca del *proceso* de exterminio que se produce en Polonia, Lituania y Bielorrusia. Los análisis de Götz Aly, de Dieter Pohl, de Thomas Sandkühler, de Christoph Dieckmann y de Christian Gerlach¹⁰, dedicados a estas zonas, examinan *momentos distintos* de las tomas de decisión. En el

⁹ La referencia del texto de HERBERT es «The German Military Command in Paris and the Deportation of the French Jews», pp. 128-162.

¹⁰ La referencia exacta de los ensayos es la siguiente: ALY, G.: «Jewish Resettlement». Reflections on the Political Prehistory of the Holocaust», pp. 53-82; POHL, D.: «The Murder of Jews in the General Government», pp. 83-103; SANDKÜHLER, T.: «Anti-Jewish Policy and the Murder of the Jews in the District of Galicia, 1941/42», pp. 104-127; GERLACH, C.: «German Economic Interests, Occupation Policy, and the Murder of the Jews in Belorussia, 1941/1943», pp. 210-239.

caso de Aly, su trabajo procede de lo que él mismo denomina la «pre-historia del Holocausto»¹¹, en la medida en que éste suele atribuirse a las órdenes dadas tras el fracaso de la ofensiva de verano y otoño en la Unión Soviética en 1941. El examen de las masacres realizadas en Polonia, examinadas detalladamente por Breitmann y por Charles W. Snyder¹², hacen algo más que *ofrecer un anticipo*. Son ya una parte integral del proyecto que, en todo caso, como habrán de demostrar los trabajos centrados en zonas conquistadas más tarde, se producirá con un carácter acorde a las circunstancias. El punto de impulso que sucede a la violencia que acompaña a la guerra es la creación de una nueva agencia, cuya responsabilidad es el regalo de Hitler a Himmler en su cumpleaños de 1939, pero que expresaba el sentido último de la guerra imperialista año y medio antes del ataque a Rusia: el cargo de Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Germanidad —*Reichskommissar für die Festigung des deutschen Volkstums*, RFK—. Las SS y no los ideólogos como Darré iban a ser los encargados de llevar adelante el traslado de medio millón de alemanes que vivían fuera del Reich a los territorios ocupados, encargándose de desplazar a la población sobrante, en un proceso que podría acelerar las condiciones de su exterminio¹³. Los historiadores que se han ocupado de la zona polaca, como Christian Gerlach en su trabajo sobre Bielorrusia, pasan a integrar las *pequeñas tomas de decisión* más radicales, estableciendo en las tesis finales de su texto la implicación de todo tipo de autoridades, el uso de métodos ajenos a los campos para niveles de masacre prácticamente absolutos y las motivaciones económicas fundamentales, basadas en la necesidad de hacer de la zona un centro de provisiones y de alimentar a los propios combatientes. La dispersión administrativa, que se debe a las diversas agencias en presencia, no reduce la afirmación fundamental de Gerlach: la *aceleración* de la masacre por la guerra, que establecía una lógica propia y unas urgencias imprevisibles, derivadas del fracaso de la propia campaña. Dieter

¹¹ Especialmente, en el libro escrito con HEYM, S.: *Vordenker der Vernichtung*, Berlín, Hoffman und Campe, 1991.

¹² SNYDOR, C. W.: *Soldiers of Destruction. The SS Death's Head Division, 1933-1945*, Princeton UP, 1977; BREITMAN, R.: *The Architect of Genocide. Himmler and the Final Solution*, Londres, 1991.

¹³ La decadencia de personas como Darré en los esquemas imperialistas modernos de Hitler pueden verse en trabajos como el de BRAMWELL, A.: *Blood and Soil. Walther Darré and Hitler's «Green Party»*, Abbotsbrook, Censal Press, 1985.

Pohl reduce estas mismas consideraciones a siete hipótesis de trabajo en las que se mezclan factores ideológicos —el carácter arquetípico de los judíos polacos, que responde a la caricatura realizada en el Tercer Reich; los impulsos de violencia generados por una situación de «guerra ganada» en el terreno, pero persistente—, burocráticos —la creación de mecanismos burocráticos que administran una realidad con un trato criminal normalizado; la competencia entre agencias y el triunfo de las más radicales—; sociales —la experiencia del asesinato en masa de la intelectualidad judía, de los inválidos y enfermos, de los prisioneros—; y estatales —los proyectos fallidos de reasentamiento que conducen al exterminio, creando desde Berlín condiciones insostenibles en el Gobierno General—. Los análisis que todos estos autores señalan dejan claras algunas intuiciones formuladas por Aly, aunque matizándolas especialmente al atribuir una importancia decisiva a los elementos ideológicos, sin los que las «soluciones» a los fracasos en política migratoria descritos por este historiador carecerían de lógica. Todos coinciden, en efecto, en señalar que el proyecto *imperialista* va destinado a un reasentamiento que provocará tensiones muy graves en el Gobierno General, incapaz de alimentar y asegurar de forma adecuada la zona a la que acuden judíos. A ello se responderá con un ritmo de guetización fallido y de ejecuciones en crecimiento, que podrán hallar un aliviadero relativo en la conquista de territorios soviéticos a partir de junio de 1941. La desesperada necesidad de recolocación de población por la RFK irá acompañada de una emigración brutal y forzosa y de asesinatos, pero también de la búsqueda de una solución definitiva que, desde el mismo momento del abandono del fantasioso Plan Madagascar, ni siquiera puede ser la reclusión de los judíos en espacios lejanos de la Unión Soviética. Porque, por un lado, a la población judía, que puede ser excluida en un proceso de creación de territorios *Judenfrei* como podrán serlo zonas importantes de Serbia¹⁴, el imperio racial comenzará a construirse también sobre la liquidación de determinados sectores de la población polaca y soviética, cuya forma y ritmos pasa a depender de un orden genérica y un ambiente de libertad en manos de autoridades locales. Esa dispersión está lejos de señalar una ausencia de proyecto, como lo demuestra el cuidado que se ha tenido en aprobar una nor-

¹⁴ Algo que demuestra el ensayo de W. MANOSEK en el libro, *The Extermination of the Jews in Serbia*, pp. 163-185.

mativa para prisioneros en el verano de 1941 implicando a las principales autoridades del Reich. Sin embargo, la misma orden tendrá que enfrentarse a la inesperada realidad de la derrota, la llegada del invierno y la súbita necesidad de mano de obra, que obliga a rectificar el asesinato en masa de prisioneros para considerar su utilización en la mejora de la maquinaria militar alemana¹⁵.

El análisis del exterminio se plantea, pues, como el resultado de una serie de factores que se interrelacionan *dando vida a un proyecto*. Una vida que podría parecer incoherente, pero que no lo es, porque tiene ese punto fundamental de criterio racial con el que se considera la existencia misma de una guerra de carácter colonial en Europa del Este y un movimiento fascista que se ha convertido en un cinturón de protección para el propio Tercer Reich, incluyendo a los voluntarios de los territorios ocupados. El proyecto no implica solamente a los judíos, pero se refiere *fundamentalmente a ellos* en la medida en que son el adversario más coherente, que ni siquiera exige el acuerdo de los sectores profundamente antisemitas pero no necesariamente partidarios del biologismo himmleriano existentes en la *Wehrmacht* y la administración civil indispensable. El proyecto podrá aplicarse a la necesidad de combinar las demandas hasta ahora llamadas *racionales* de ganar la guerra y producir, con las hasta ahora consideradas meramente *ideológicas* —matar al judío o al racialmente defectuoso—. En realidad, como lo demuestra el estudio de Sybille Steinbacher sobre los judíos que vivían cerca de Auschwitz, ambos elementos tienen una estrecha vinculación. Y se ha convertido en uno de los principales obstáculos para el conocimiento del nazismo y del exterminio separarlos. La intermitencia de la matanza, su cambio de ritmo en intensidad e incluso la forma distinta de entender unas mismas órdenes difusas —el exilio, la reclusión alejada o la ejecución sumaria— no hacen perder firmeza unitaria al proyecto, sino un absurdo monolitismo imaginario, una pureza de laboratorio que quizás se soñó por parte de algunas agencias, pero ni siquiera por la totalidad de sus miembros, como lo muestra el cuidado con que la Oficina Económica de las SS cuida de la eficacia productiva con tanto fervor como de la destructiva. No se trata de una matanza *gratuita* sino *funcional*, necesaria para obtener determinados niveles de poder de una agencia y de lealtad y

¹⁵ HERBERT, *Fremdarbeiter. Politio und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Bonn, J. H. W. Dietz Nachfolger, 1985.

culpable complicidad de un sector: es un elemento ideológico que permite crear un «ámbito» de libertad para la comunidad en las nuevas tierras ocupadas. Pero las necesidades de la producción se aprecian en la necesidad de utilizar a quienes viven en el este de la Alta Silesia como *fuerza productiva*, a poca distancia de donde se está matando a los inútiles, a los peligrosos, a aquellos cuya función pasa a ser la verificación de un proyecto, quienes deben dejar espacio para que los mejores sean mayoría en la posguerra. Karin Orth dedica el último ensayo del libro a estudiar a los dirigentes de los campos como una elite funcional, como un grupo que se promociona a través de las acciones vinculadas con el exterminio, en un estudio ejemplar sobre lo que significa una abominable y, al tiempo, perfectamente lógica opción de ganancia de un espacio propio en una sociedad en la que la edad de los estudiados no llega a los cuarenta años. Se trata de un estudio impresionante por la destreza con que esta joven historiadora es capaz de analizar el distinto tipo de dirigentes de campos que se agrupan en las viejas organizaciones *Totenkopf* creadas por Theodor Eicke, y las que llevará adelante el responsable de la Oficina Económica de las SS —WVHA—, Oswald Pohl. La combinación de métodos «científicos» utilizados por los especialistas del programa T-4 y el uso del Zyklon B a partir de 1941, se combina con el ritual del tiro en la nuca para señalar el carácter contemporáneo de métodos de exterminio, pero la radicalización de su tolerancia cuando el conflicto bélico se extiende a condiciones cada vez menos benevolentes en el primer invierno de la guerra en la Unión Soviética. Lo más apasionante, sin embargo, es el estudio sobre la sustitución de los corruptos jefes de campo de Buchenwald o Sachsenhausen, Koch y Loritz, que llevará incluso a la ejecución del primero, por una capa burocrática, obsesionada, como Himmler, por la «decencia» —*Anständigkeit*—, como justificante de una labor ideológica —*Weltanschauungliche*— que autorizaba el crimen «higiénico». Unas «tareas difíciles», —*schwere Aufgaben*— aunque no indignas, realizadas por los nuevos dirigentes, personajes como Paul Werner Hoppe, Johannes Hassenbroek, Josef Kramer o Rudolfg Höss, que eran recordados como personas poco violentas, justas por sus subordinados e indulgentes por algunos de quienes sobrevivieron, aun cuando los niveles de las matanzas llevadas a cabo bajo su mando fueran muy superiores a los que habían realizado los cargos sustituidos. Se trata de un espléndido análisis acerca de una nueva elite burocrática, alejada de la violencia primaria que no

sólo afectaba a las SA, sino a determinados sectores de los primeros comandantes de campo de las SS y, sobre todo, que procedía de la experiencia del combate en el frente, cuando se creó la división de las *Waffen SS Totenkopf*, prácticamente exterminada en la bolsa de Demjansk, y que podía ofrecer la imagen de un heroísmo en el campo de batalla, haciendo del riesgo corrido en la guerra imperialista un mérito para hacerse con el mando de un presunto «frente interior»¹⁶.

La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes (Barcelona, Crítica, 2006) es el título que en España se ha dado a *Hitlers Volkstaat. Raub, Rassenkrieg und nationale Sozialismus —El Estado popular de Hitler. Pillaje, guerra de razas y socialismo nacional—*. Götz Aly, su autor, ha sido fuertemente discutido en Alemania por la tesis que plantea de forma descarnada y provocativa en este texto, aunque lleve muchos años planteando lo que más interés tiene en su obra: lo que podríamos llamar una «economía política del exterminio». Ya se han citado sus trabajos anteriores, en los que fue avanzando para tratar de salir al paso de las crónicas que expresaban una atención exclusiva a las víctimas, pasando a examinar las motivaciones de los responsables. Hombres vinculados al viejo aparato del Estado en muchos casos, personas con formación académica notable, ingenieros, antropólogos, demógrafos, economistas que tratan de poner orden en un espacio a *colonizar* y que, como en toda colonización, acuden pertrechados de sus conocimientos científicos y de una actualización no menos científica de su *derecho racial de conquista*. Si los estudios sobre la política de reasentamiento y migración del Reich han sido las piezas más valiosas proporcionadas por Aly, lo que ha provocado un mayor escándalo —algo que el título alemán acentúa de una forma, mientras el español lo hace de otra: observemos que, en el texto alemán, no se habla de *nacionalsocialismo* sino de *socialismo nacional*—, es el minucioso ejercicio de contabilidad en el que Aly muestra el proceso de expropiación de los judíos alemanes y, más tarde, de todos los europeos —sean judíos o no— como el resultado de la creación de esa comunidad racial satisfecha. Es decir, que para Aly se trata de poder achacar a sus compatriotas *el precio y origen de su bienestar* durante la guerra, en especial antes de los peores años, a partir de

¹⁶ Las referencias de los textos son STEINBACHER, S.: «In the Shadow of Auschwitz. The Murder of the Jews of East Upper Silesia», pp. 276-305; ORTH, K.: «The Concentration Camp SS as a Functional Elite», pp. 306-336.

1942-1943. Aly ha indicado que lo que llevó al exterminio ni siquiera reposaba en un enloquecimiento *colectivo* del pueblo alemán, sino en el cinismo de una sociedad satisfecha, que conoció, toleró y demandó el pillaje, la expropiación, la deportación para mejorar las condiciones de vivienda y la esclavización. Todos ellos pasos indispensables para que el exterminio, que iba produciéndose en pequeñas dosis al mismo tiempo, pudiera convertirse en una gran operación de masas normalizada. Hace ya muchos años, cuando las cosas estaban aún en mantillas, Tim Mason pudo acercarse a la aceleración de la guerra civil como resultado de una crisis interna, provocada por la crisis de las finanzas alemanas, la inflación y la necesidad de recortar la demanda interna. Fue lo que el historiador británico llamó, en un libro colectivo, «El legado de 1918 en Alemania»¹⁷: el miedo de Hitler y sus secuaces a que el régimen pudiera perder la guerra como resultado de haber empeorado las condiciones de vida de los alemanes, elevando sus impuestos o provocando la mezcla de escasez y carestía que hizo caer al *Kaiserreich*. Para ello, los nazis estaban dispuestos incluso a provocar las quejas de los industriales, elevando sólo a ellos las cargas fiscales, aunque se lo compensaran a través de los contratos de la economía de guerra que, en especial tras hacerse cargo de ella Fritz Todt y su sucesor, Albert Speer, implicaría el premio a la eficiencia productiva de acuerdo con las leyes del mercado. Incluso la aceleración de una política racial que supuso, antes de la guerra, el pago de impuestos especiales por los judíos a partir de los decretos de abril de 1938, iba en esa dirección y anunciaba el incremento de la agresividad dirigida hacia Checoslovaquia. En cualquier caso, lo que era obvio para cualquier alemán es que su nivel de vida, incluso en periodo de guerra, debía de ser sufragado *por los países ocupados*.

Las consideraciones de Aly en este caso, como ha ocurrido en las que viene realizando para establecer un frío cálculo mercantil de una política de expansión económica y de cohesión social en retaguardia, pueden criticarse desde un punto de vista nada secundario, y acentúan la complicidad de la población en lugar de atenuarla. Me refiero a los factores *ideológicos* y *políticos*. Como se ha visto antes, tales elementos fueron cuidadosamente separados de cualquier aspecto de

¹⁷ MASON, T.: «The Legacy of 1918 for National Socialism», en NICHOLLS, A., y MATTHIAS, E. (eds.): *German Democracy and the Triumph of Hitler. Essays in Recent German History*, Nueva York, St. Martin Press, 1971, pp. 215-240.

racionalidad y eficiencia normalizada, para aplicarlos a una minoría reaccionaria, violenta, seducida por el aliento destructivo de la atmósfera *völkisch*, algo a lo que se fue añadiendo la competencia por espacios de poder en el interior de la «poliarquía» nazi, que exigía disponer de una oferta de los mejores recursos de mano de obra cuando fueran indispensables para la victoria. De lo que se trata es de *hacer regresar* los recursos de movilización ideológica y de encuadramiento político, sin los que el esquema imperial de expropiación, guerra de razas y beneficios a la comunidad explotadora no funcionan. Tal como son expuestas en el libro —a diferencia de lo que se ha planteado por el autor en sus investigaciones anteriores—, el esfuerzo por acentuar la complicidad hace que, realmente, el significado de sustituir nacionalsocialismo por socialismo nacional adquiera un sentido de homogeneidad de la sociedad alemana que parece cumplir la utopía nazi. Llega a considerarse que el régimen construyó una comunidad sin fracturas, sin oposición y sin represión interna como base de su existencia, compensándolo con un convencimiento tal que permitiría superar los conflictos internos, en una disputa simple por aprovechar las óptimas condiciones de hacerse, fuera cual fuera la condición del alemán considerado, con los factores puestos a su disposición por el nazismo. No creo que los numerosos estudios que se han dedicado a la política de seguridad del Tercer Reich, limitando los elementos de represión del régimen y acentuando los factores de delación, así como los trabajos destinados a subrayar la existencia de instituciones sociales en el nazismo, permitan considerar, por ejemplo, que el concepto de «guerra total» como escenario del «socialismo nacional» vaya más allá de la retórica de Goebbels¹⁸. Y ello supone olvidar el carácter de exclusión radical para una parte de la población que no era la judía solamente, sino todo aquello que quedaba enmarcado como asocial y que comenzó siendo la oposición al régimen: es decir, a un régimen que permitiera crear ese estado de sociedad opulenta a costa de Europa. De la misma forma que sólo examinando de qué manera se consigue verter una ideología racial como factor dominante en una comunidad dispuesta a dar apoyo a un Estado, podemos entender la tragedia del pueblo alemán en aquellos años, los grados de responsa-

¹⁸ El debate sobre el concepto de «guerra total» como forma de dar sentido opuesto al nacionalsocialismo por parte de Himmler, Ley o Goebbels puede verse en GALLEGO, F.: *Todos los hombres del Führer*, Madrid, Debate, 2006, en especial en el capítulo dedicado a Goebbels.

bilidad colectiva y los que corresponden, en exclusiva, a determinados sectores de la sociedad, sin implicar a quienes nunca aceptaron ese orden de cosas.

En uno y otro caso, todo parece indicar la consolidación de una línea interpretativa del nacionalsocialismo que sitúa al exterminio en el centro de interés, como elemento al que *tendía* el régimen, sin reducirlo a la presentación de sus últimos estertores. La historia, con su compleja trama de dinámicas locales distintas, de luchas por el poder en el seno del mismo proyecto, de las *diversas motivaciones* que llevan al exterminio, disponiendo la historia social en relación con los ritmos ideológicos bajo los que ésta circula, parece ir dando una versión menos caprichosa y menos caótica del Tercer Reich, lo cual significa poner a los historiadores del siglo XX en las mejores condiciones posibles para comprender un fascismo sin el que éste pierde buena parte de su significado.